

Cap. IX.—ESPERANZAS

§ I.—LAS CRISIS DE SUD AMÉRICA.—BASES DE ESPERANZA

Los países de América tienen motivo para ser petulantes y confiados en su futuro. El pasado les da derecho a serlo con su enseñanza. Su historia nos demuestra que esos países no han cesado de hacer progresos desde sus primeros establecimientos fundados por los europeos. Ellos han adelantado bajo todos sus sistemas, bajo todos sus gobiernos, con las peores instituciones; como colonias lo mismo que como Estados independientes. Luego deben su desarrollo natural y espontáneo a una fuerza vital de que están dotados por la naturaleza de sus condiciones de existencia excepcionalmente favorables.

Como su nacimiento y existencia de Estados civilizados deben también su crecimiento y progreso a la acción de la Europa, que los formó en servicio de su propio desarrollo y progreso.

Esa acción vital del viejo mundo en el nuevo, ha obrado sin interrupción antes de ahora por la mano de los gobiernos y de los pueblos europeos, y después de abolida la autoridad de los gobiernos europeos en América, por la acción inmediata y directa de la sociedad europea, que no ha sido sino más grande desde que ha sido libre su juego trasatlántico.

Al poder creador de su intercambio libre, han unido su acción otras fuerzas que el arte ha conquistado a la naturaleza para acercar entre sí a las dos Europas, por decirlo así, que habitan los dos mundos, mediante el vapor aplicado a la navegación, la electricidad a la posta telegráfica, al progreso creciente del comercio marítimo, que han hecho de ambos mundos uno solo, consolidando su existencia de países civilizados en una suerte idéntica y solidaria.

“Aunque la América Septentrional (decía Adam Smith, antes de la independencia de los Estados Unidos) no sea todavía tan rica como la Inglaterra, ella está mucho más flore-

ciente y marcha con mucha mayor rapidez hacia la adquisición de nuevas riquezas. La señal más decisiva de la prosperidad de un país, es el aumento del número de sus habitantes. Se supone que en la Gran Bretaña y la mayor parte de los otros países de Europa, no se duplica ese número en menos de quinientos años.

“En las colonias de América Septentrional, se ha encontrado que se duplicaba en 20 o 25 años; y este acrecentamiento de población, es debido mucho menos a la inmigración continua de nuevos habitantes que a la multiplicación rápida de la especie. Se dice que los que llegan a una edad avanzada cuentan allí frecuentemente de cincuenta a cien, y a veces más, sus propios descendientes. El trabajo es allí tan bien recompensado que una familia de muchos hijos, en lugar de ser una carga, es una fuente de opulencia y de prosperidad para los parientes. Se cuenta que el trabajo de cada chico, antes que pueda dejar su casa, les produce como cien libras de beneficio neto al año. Una viuda joven con cuatro o cinco hijos, que tendría tanta dificultad en encontrar un segundo marido en las clases medias e inferiores del pueblo en Europa, es allí comunmente un partido que se busca como una especie de fortuna. El valor de los hijos es el más grande de los estímulos para el matrimonio” (1).

Así prosperaban las colonias americanas, que son hoy los Estados Unidos, aun antes de salir de la dependencia inteligente y liberal de Inglaterra.

...“Las mismas colonias españolas han hecho, sin duda, progresos muy grandes y muy rápidos en cultura y en población. Según el informe de Ulloa, la ciudad de Lima fundada desde la conquista, contenía hace treinta años, cincuenta mil habitantes. Quito, otro tanto, y Méjico cien mil habitantes. La población de estas ciudades excede en mucho a la de Boston, de Nueva York y de Filadelfia, las tres más grandes ciudades de las colonias inglesas” (2).

“Las colonias españolas, —dice en otra parte de su grande obra— están bajo un gobierno, en muchos respectos menos favorable a la agricultura, a la prosperidad y a la población, que el de las colonias inglesas. A pesar de eso, ellas hacen progresos en todas estas cosas con mucha más rapidez que ningún país de Europa. En un fértil suelo y bajo un clima feliz, la grande abundancia de tierras y su bajo precio, circunstancias que son comunes a todas las nuevas colonias, son una ventaja demasiado grande para compensar muchos abusos en el gobierno civil” (3).

(1) *Riquezas de las Naciones* — Lib. I, Cap. VIII.
 (2) ” ” ” ” — Lib. IV, Cap. VII.
 (3) ” ” ” ” — Lib. I, Cap. XII.

Esta ley económica de progreso espontáneo y natural, que la mala política no ha podido anular en la América antes española, ha triunfado con doble vigor en los progresos de la riqueza y de la opulencia en la Gran Bretaña. Oigamos las palabras de Adam Smith, en este punto consuelo cierto sobre el prospecto de la América del Sud.

“La experiencia parece, por tanto, demostrarnos que en en casi todas las circunstancias, la economía privada y la juiciosa conducta de los particulares, bastan no solamente para compensar el efecto de la prodigalidad y de las imprudencias de los particulares mismos, sino también para balancear el de las profusiones excesivas del gobierno. Este esfuerzo constante, uniforme y jamás interrumpido de todo individuo por mejorar su suerte; este principio que es la fuente primitiva de la opulencia pública y nacional, también como de la opulencia privada, tiene a menudo bastante poder para mantener, a despecho de las locuras del gobierno y de todos los errores de la administración, el progreso natural de las cosas hacia una condición mejor. Semejante a ese principio desconocido de la vida que llevan consigo las especies animales, da comunmente a la constitución del individuo la salud y el vigor, no solamente a pesar de la enfermedad, sino también a despecho de las absurdas recetas del médico.

“Para aumentar el valor del producto anual de la tierra y del trabajo en una nación, no hay otros medios que aumentar, en cuanto al poder, la facultad productiva de los obreros anteriormente empleados. Respecto del número de los obreros, es evidente que no puede crecer mucho sino de resultas de un aumento de los capitales o de los fondos destinados a hacerlos vivir. En cuanto al poder de producir, sólo puede aumentar en los obreros multiplicando o perfeccionando las máquinas e instrumentos que facilitan y abrevian el trabajo.

“En uno y otro caso, se necesita siempre de un excedente de capital, sin el cual no puede el empresario dotar a sus obreros de mejores máquinas, o de mejores métodos y procedimientos.

“Así, cuando comparamos el estado de una nación en dos períodos diferentes y hallamos que el producto anual de sus tierras y de su trabajo, es evidentemente más grande en el último de esos dos períodos que en el primero, podemos estar ciertos de que en el intervalo que ha separado esos dos períodos, su capital ha forzosamente aumentado y que la buena conducta de algunos le ha añadido más que no le ha disminuído la mala conducta de otros y las locuras y los errores del gobierno.

“Veremos entonces que tal ha sido la marcha de casi to-

das las naciones en los tiempos en que han gozado de alguna paz y de alguna tranquilidad, aun para aquellos que no han tenido la felicidad de poseer el gobierno más prudente y económico. Para juzgar en ello con acierto, es menester comprobar el estado del país en períodos bastante lejanos uno de otro. Los progresos se operan tan lentamente de ordinario, que en períodos aproximados no sólo es imperceptible el avance, sino que a veces se equivoca con la declinación.

“En Inglaterra, por ejemplo, el producto de la tierra y del trabajo es ciertamente mucho más grande que lo era hace más de un siglo, cuando la restauración de Carlos II. Aunque haya hoy día pocas gentes que lo pongan en duda, sin embargo, durante el curso de este período no han pasado cinco años continuos en los cuales no se haya publicado algún libro o algún panfleto, escrito hasta con bastante talento para impresionar al público, en que el escritor pretendía demostrar que la riqueza de la nación marchaba rápidamente a su decadencia, que el país se despoblaba, que la agricultura estaba abandonada, las manufacturas postradas y el comercio en ruina: y estas obras no eran todas engendradas por el espíritu de partido, origen desgraciado de tantas producciones venales y embusteras. Muchas de entre ellas eran escritas por gentes muy inteligentes y de buena fe, que sólo escribían lo que pensaban y sólo porque así lo pensaban.”

La Inglaterra, según Smith, ha visto crecer el producto anual de la tierra y del trabajo en todos y cada uno de los períodos de su historia, sin excepción de los menos felices.

“En cada uno de esos períodos, sin embargo, — dice, — hubo mucho de prodigalidad particular y general, muchas guerras inútiles y dispendiosas, grandes cantidades del producto anual desviadas del sostén de gentes productivas para sostener a los que nada producen (empleados públicos), sino que aun hubo algunas veces en los desórdenes de las guerras civiles una destrucción y aniquilamiento tan absoluto de capitales, que puede creerse que no solamente ha sido retardada la acumulación de las riquezas, como no hay lugar a duda, sino que el país mismo ha quedado al fin de ese período más pobre que no lo estaba al principio. Aun en el más feliz y brillante de esos períodos, el que siguió a la restauración, cuánto no ha ocurrido en trastornos y desgracias, que si hubieran podido preverse, se hubiera creído que iban a traer no solamente la pobreza del país sino su misma ruina total: — el incendio y la peste de Londres, las dos guerras de Holanda, los disturbios de la revolución, la guerra de Irlanda, las cuatro guerras tan dispendiosas con la Francia en 1688, 1701, 1742, 1756 y además, las dos rebeliones de 1715 y 1745 (todo

lo cual costó a la Inglaterra más de doscientos millones de libras esterlinas).

.....“Pero aunque las profusiones del gobierno han debido, sin duda, retardar el progreso natural de la Inglaterra hacia su mejoramiento y opulencia, no han podido, sin embargo, detenerlo. El producto anual de las tierras y del trabajo es hoy mucho más grande que lo era en la época de la restauración y en la época de la revolución.

.....“A pesar de todas las contribuciones exorbitantes exigidas por el gobierno, el capital nacional ha crecido insensiblemente y en silencio por la economía privada y la juiciosa conducta de los particulares, por ese esfuerzo universal, constante y no interrumpido de cada uno de ellos en mejorar su suerte individual. Es la acción de este esfuerzo, obrando sin cesar bajo la protección de la ley y que la libertad permite ejercerse en todo sentido y según su juicio propio, él es el que ha sostenido los progresos de la Inglaterra hacia la opulencia en casi todos los momentos durante el pasado, y que hará lo mismo en el futuro, debemos esperarlo” (1).

§ II.—BASES DE ESPERANZA

El régimen colonial español, prohibiendo el trabajo en la América que fué colonia de España, hasta que dejó de serlo, ha hecho un bien a la Europa industrial, dándole preparado un mundo rico en territorio, que tiene que vivir de la industria más adelantada del mundo entero por no tener riqueza propia.

Por su parte, Sud América viene a reportar un bien en eso mismo, de resultas de su mala condición pasada. En lugar de heredar una mala industria, tiene como suya la más adelantada de la Europa del siglo XIX.

El hecho es que todo lo que hizo España para mantener a Sud América bajo su dependencia por su nulidad industrial, ha venido a servir para que América viva bajo la dependencia de la Europa industrial más civilizada, sin perjuicio de su independencia política.

Tal ha sido el resultado de la revolución en la condición económica de la América del Sud.

Ese cambio externo, dejando intacto el hecho secular de la incapacidad de Sud América para el trabajo, le ha dado el remedio de este mal en la libertad de introducir y establecer en el seno de su territorio el trabajo y el trabajador de la Europa más adelantada, para explotar su riqueza natural e increada.

(1) *Riqueza de las Naciones* — Lib. II, Cap. III.

Este es el resultado más práctico de la libertad del trabajo proclamada por la revolución de América: no meramente la consagración escrita y abstracta de esa libertad, sino el hecho inmediato de la existencia del trabajo inteligente, facilitado por la inmigración del trabajo, ya educado y formado, del trabajador europeo en la América, de que estuvo excluido.

Es así como de un golpe la revolución ha hecho posible la riqueza en Sud América, haciendo posible su fuente, que es el trabajo inteligente del trabajador inglés, alemán, francés, italiano, belga, español mismo.

La riqueza así inmigrada en el trabajador europeo, trae consigo otra riqueza moral: y es la educación que su ejemplo trae al trabajador indígena.

De ese modo el régimen externo viene a ser la llave del régimen interno de riqueza y de libertad.

¿Esto es un hecho practicable o es un paralogismo?

Es el régimen a que los Estados Unidos deben su admirable engrandecimiento.

Es el régimen a que el Río de la Plata debe sus progresos ulteriores a la caída de Rosas, que excluía al extranjero, y a la sanción de la Constitución de 1853, que lo atrae y hace de su instalación en el país el fundamento de su prosperidad. — La crisis ha nacido de la reacción contra ese sistema, por una semirestauroción del rosismo.

Eso es lo que debemos tomar a los norteamericanos: sus condiciones económicas, no las exterioridades de su federalismo. Su riqueza es más grande que su libertad, y la deben a la inmunidad que sus leyes han dado al trabajo extranjero en el país.

§ III.—BASES DE ULTERIORES PROGRESOS

Le quedan, sin duda, al país, intactos elementos preciosos de reparación para su fortuna, que son otras tantas de las fuentes naturales:

1.º La *tierra* o el suelo, que no ha disminuído, ni en superficie, ni en fertilidad, ni en condiciones geográficas. La tierra en sí, no es riqueza, pero en manos del trabajo inteligente es el rey de los instrumentos de la riqueza.

2.º El *trabajo nacional* ha quedado y se conserva intacto; como fuente de riqueza, en la industria grande y única del país, que es el pastoreo. Los *gauchos* no han emigrado, no han disminuído, porque la pobreza no mata como la guerra. Las campañas que representan la riqueza real argentina no se han despoblado, ni empobrecido en sus mejores y más útiles pobladores, que son sus *gauchos*, trabajadores sin rivales.

De esa gran fuente ha salido lo principal de la riqueza argentina y de ella volverá a salir diez veces.

El pueblo trabajador en las campañas es la base, la gloria, el honor de la República Argentina.

Y para mayor gloria de él, no son sus enemigos sino los que en nada concurren a producir la riqueza del país, ni como rurales, ni como agricultores, ni como comerciantes, ni como artistas, ni sabios: quiero nombrar a los *tinterillos*, que sólo son *maestros* en destruir las fortunas, ya que no son ni escolares en producirla.

Esos son la peste de las ciudades: más destructores que los indios pampas, porque los indios no producen crisis que destrozán millones y millones de fortuna, y cubren de miseria y de lágrimas las ciudades que pretenden amar.

3.º *Ferrocarriles, líneas de vapores, ríos navegables, telégrafos, puertos*: cuenta hoy ese trabajo soberano, que es origen de nuestra riqueza — el pastoreo, — con instrumentos auxiliares, que antes no tuvo y son los que arriba nombro.

4.º Como pertenecientes a las campañas, que son teatro de nuestra fortuna, guardan intactas las *colonias agrícolas*, planteles estimulantes de otras muchas, que serán fuente de nuevos productos y nuevas riquezas.

5.º Al lado de ellas, y como consecuencia de ellas, volverá el comercio a renacer, rehecho de nuevo por la producción rural y agrícola; y las demandas naturales de brazos y capitales de todas esas industrias, traen de nuevo una y diez veces las grandes inmigraciones, que la Europa industrial, exuberante en población, necesita enviarnos en su interés propio, más que en el nuestro.

§ IV.—BASES NATURALES DE LA RIQUEZA ARGENTINA

Todas las causas económicas naturales que han hecho siempre del Río de la Plata un país más rico relativamente que los demás de Sud América, quedan en pie; y como naturales que son no pueden ser destruídas por ningún poder humano: ni por los malos gobiernos, ni por las maniobras envidiosas de sus vecinos. Así, aunque quedan en pie todos los inconvenientes con que esas causas luchan, ellos serán más fuertes que todos los obstáculos en lo futuro, como lo han sido en lo pasado. El progreso de la riqueza argentina viene de un siglo atrás, desde las leyes españolas de 1767, que dieron las primeras libertades a su comercio. La revolución de la Independencia dió a esas libertades un ensanche, que trajo naturalmente el de su riqueza, y las instituciones europeístas fundadas después de la caída de Rosas, en el mismo sentido

liberal, levantaron su riqueza al grado asombroso en que la vimos en los más recientes años. Esto se concibe y explica fácilmente.

El trabajo, que es la causa principal de la riqueza, tiene allí ventajas especiales y privilegiadas que lo hacen ser más productivo y fecundo que en otros países de Sud América, no obstante estar mejor gobernados que el Río de la Plata.

Esas ventajas consisten en las grandes vías, fluviales abiertas hoy al mundo entero, que dan a su navegación y a su tráfico internos, facilidades con que sólo cuentan los Estados Unidos. Esas facilidades ayudan admirablemente a la colonización de su suelo, fertilizado por el clima más feliz del mundo.

El clima europeo de esa región y su proximidad de la Europa latina, le aseguran corrientes de inmigración europea, con las cuales se puede decir que inmigra y se establece el trabajo europeo, que es el más productor de riqueza, por ser el más inteligente.

Con esas poblaciones de la Europa, es decir, con sus hábitos y sus costumbres, inmigran el ahorro y el juicio en los gastos y economías, que es la segunda causa natural de la riqueza.

La substitución del vapor a la vela, en la navegación inter-oceánica, ha disminuído la distancia, el riesgo, el precio y la molestia de los viajes atlánticos; y la inmigración del colono, del trabajo, del capital, de la inteligencia y cultura, que dan al trabajo europeo el primer rango, aseguran al Plata un porvenir económico que no tendrá país alguno de Sud América.

La naturaleza, la escala, la variedad de los productos del trabajo, en esa feliz región, lo harán siempre un país de cucaña. Esos productos son las lanas, las carnes, las pieles, indispensables para la vida del hombre, esperando que la agricultura, ayudada por un suelo nivelado, cruzado de ríos navegables y de ferrocarriles, se desenvuelva, así como los tesoros que contiene su vasto territorio en los reinos vegetal, mineral y animal.

Sin duda que buenos gobiernos harían de ese país otro ejemplo de los Estados Unidos; pero los peores gobiernos del mundo no le impedirán ser el más rico de la América del Sud, sin excluir al Brasil.

La demanda creciente que la Europa industrial tiene de las materias primas que produce el suelo argentino, tales como sus lanas, cueros, carnes, sebos, etc., etc., justifica esa esperanza.

La revolución de la Independencia, como propiamente se denomina, lejos de ser un cambio interno con consecuencias externas, ha sido un cambio externo con consecuencias internas.

Saliendo de la dependencia de España con la plena incapacidad de bastarse a sí misma en materia de industria, que esa nación le dió como el mejor medio de prevenir su independencia, ha pasado a la dependencia industrial de la Europa más rica y comercial, no sólo sin detrimento, sino en provecho de su independencia política misma.

Esa dependencia libre y de pura civilización, si es posible decirlo, lejos de dañar a su riqueza es su mejor garantía de enriquecimiento y progreso, pues en virtud de ella es hoy parte integrante del mundo más civilizado, que necesita de los frutos de su suelo, como América necesita de su industria para que le explote y manufacture los productos de su suelo.

El efecto de la independencia no ha sido el mismo en los Estados Unidos, porque ese país recibió su educación industrial de la Inglaterra, su madre patria.

La industria en ese país no es de ayer.

Hace cuarenta años que lo visitó de Tocqueville y según él, ya entonces el estado de su industria era próspero y floreciente.

La condición de sus recientes progresos con el proteccionismo hostil y vengativo, contra las naciones que favorecen su desenvolvimiento en la reciente guerra de escisión, ha hecho creer a algunos que ese proteccionismo era la causa de sus progresos.

Lo real es que sus progresos eran tantos que su proteccionismo antieconómico, no ha podido impedir su desarrollo creciente.

El hecho es que en la última exposición de Filadelfia, la industria americana rivaliza con la de Francia, desde los trabajos del fierro hasta los artículos fantásticos de París.

La crisis misma será una garantía contra su repetición, por la regla de que *no hay mal que por bien no venga*.

En existencias jóvenes la prédica es estéril. El único doctor que se hace escuchar es el sufrimiento.

Las crisis, como las guerras, tienen su parte en la civilización del mundo.

Los Estados Unidos debieron su existencia en parte a dos calamidades: 1ª, una crisis económica ocurrida bajo el reinado de Elisabeth, que hizo emigrar de Inglaterra a los primeros colonos que se establecieron en América; 2ª, una gran

peste que despobló a la Nueva Inglaterra de sus habitantes indígenas en el momento que allí se establecían los inmigrantes puritanos venidos de Europa.

Cada día desaparecen las trabas que el error económico de los gobiernos de Europa, ponían a la emigración libre de sus poblaciones hacia nuevos países: lo que es una garantía de los progresos ulteriores de la inmigración, que el suelo americano demanda en bien de los dos mundos.

El Plata es, de toda Sud América, el país mejor situado para atraer la inmigración de Europa, después de los Estados Unidos.

§ V.—BASES DE ULTERIORES PROGRESOS A ESPERAR

Fácil sería demostrar por una serie de comparaciones que el porvenir de la República Argentina, en punto a riqueza y progreso, cuenta con bases y garantías más fuertes, que no las tienen relativamente estos países: Perú, Méjico, Venezuela, Brasil, Turquía, etc., etc., también adolecientes de la misma crisis actual.

Con la Turquía especialmente, toda comparación sería absurda. La Turquía es asiática; la América del Sud es europea de raza. La Turquía es mahometana, Sud América es cristiana; habla las lenguas de Europa, tiene sus costumbres, sus instituciones, su legislación, sus gustos. Todo su comercio es tenido por un personal europeo. ¿Dónde estaría con Turquía, cuyo idioma, gobierno, costumbres, usos, instituciones, todo es asiático y antieuropeo?

Para enriquecer a la Turquía es preciso rehacerla de pies a cabeza, y en un molde europeo. La América del Sud está ya hecha en ese molde y nada tiene que cambiar para ser rica, lo que conserva de su civilización europea o española corregida.

El Brasil tiene cuatro veces más territorio que la República Argentina, y cuatro veces más población, pero no por eso es más capaz de ser mayor en riqueza.

Ya está dicho y sabido, que la tierra en sí no es riqueza, y la tierra ecuatorial menos que otra alguna, porque es la menos apta para poblarse de trabajadores europeos. Sin el trabajo del inmigrado europeo, su vasto territorio es pobre como el de Africa o Asia, para la producción de la riqueza.

El capital europeo no inmigra donde no inmigra el trabajador europeo.

El trabajo europeo, es decir, inteligente, enérgico, es el único que merece el calificativo que Adam Smith le da de ser fuente de la riqueza.

Ese trabajo no será jamás el inmigrado del Brasil, situado enteramente en lo más bajo y ardiente de la zona tórrida.

El trabajo principal del Brasil será siempre el de los únicos habitantes y trabajadores de que es capaz, — de negros, mulatos y chinos.

Trabajo sin libertad, es decir, sin la calidad que, según Adam Smith, lo hace manantial de riqueza.

Mal poblado, por su mal clima, el Brasil será imperio o república del molde que han presentado como muestras las Islas occidentales de América, — un Santo Domingo, un Haití, una Jamaica: en escala colosal; esperando ser otro Indostán, puesto por sus posibles y futuras disenciones al alcance de otro Imperio británico.

No habrá combinación, ni artificio, ni sistema que le evite ese destino, que está escrito en su suelo, asiático o africano.

Si las grandes fuentes de la riqueza de todo país sudamericano — que son el trabajo y el capital europeos, inmigrados y establecidos en el suelo, — no presentan grandes perspectivas en el futuro del Brasil, ¿sucede lo mismo con esos abismos en que se hunden los capitales, los trabajadores y las riquezas, y se llaman consumos de la riqueza nacional?

El primero de ellos que devora por mares y ríos los caudales de la América del Sud, la gran locura en que sus nuevos estados disipan sus fortunas y las ajenas, es la guerra.

Para ver si el Brasil está exento de esa enfermedad no hay que salir de los ejemplos que ofrece su historia contemporánea o del momento. La más loca, la más desastrosa de las guerras de que presenta ejemplo la historia de Sud América, guerra que ha consumido millones de pesos y más de medio millón de habitantes, en su larga duración de cinco años, — la guerra del Paraguay — ha sido obra principal del Imperio del Brasil; y sus armamentos y gastos de guerra, que son un contraste con el poder militar de los Estados Unidos, dicen bien claro que el Brasil no está exento de la causa que empobrece a toda la América del Sud.

¿Se justifican esos gastos, con las perspectivas de adquisiciones y conquistas territoriales? — En buena lógica no es sino una razón de más de temer, que la causa de pobreza se aumente con tales planes.

Yo lamento estas disposiciones del Brasil. No por su cuenta y en su interés: esto sería hipocresía de mi parte. Sino por cuenta y en interés de mi país; pues yo considero la pobreza del Brasil, como parte de la pobreza de mis vecinos y viceversa.

Un país que para completarse aun territorialmente y ha-

cer la vida civilizada de la Europa civilizada, necesita hacer guerras de conquista, o conquistas sin guerras, no pueden tener gran porvenir en materia de riqueza. Lo que tiene es un gran prospecto de gastos seguros y de pobreza más que probable.

EPÍLOGO

§ I.—REMEDIOS DE LA CRISIS

Un empobrecimiento nacido de ideas viciosas sobre el medio de enriquecer sin las virtudes del trabajo y del ahorro, es una enfermedad moral como su causa, y sólo puede ser curada por medicamentos morales igualmente. Esos remedios consisten, desde luego, en el abandono de las ilusiones que buscaron riquezas improvisadas en combinaciones y artificios ingeniosos que no pueden suplir al trabajo y al ahorro, considerados como manantiales de riqueza y bienestar. Esta curación moral no puede ser sino lenta, penosa y difícil, como es siempre la reforma de los usos y de las costumbres entradas en mal camino.

El crédito sirvió a la Francia para escapar de su crisis de 1871, porque no fué el crédito mal usado el que la trajo. Otro tanto puede decirse de la crisis que la Unión Americana debió a la gran guerra, y que pudo curar por el crédito.

El crédito tenía, además, por base en esos dos grandes países, la capacidad productiva de sus pueblos, compuestos de muchos millones de habitantes inteligentes, laboriosos y educados en el trabajo industrial.

Ni las causas del mal, ni los medios de curarlo, son los mismos en el Río de la Plata, donde el crédito, como elemento moral y auxiliar de la producción de la riqueza, está recién en formación, a la par de las costumbres morales del trabajo inteligente y perseverante, y del ahorro como costumbre moral del orden, de la moderación, de la simplicidad en la vida y en la conducta de los negocios de la vida.

El ahorro, manantial más productivo de riqueza que el trabajo mismo, es, sin embargo, más penoso y difícil para el americano del sud. Es que el ahorro, como costumbre, es toda una educación; es una virtud que se compone de muchas otras y supone un grande adelanto de civilización. Sus elementos son: la previsión, la moderación, el dominio de sí, la sobrie-